

## LA PLURALIDAD DE METÁFORAS EN ORTEGA Y GASSET

ORTEGA Y GASSET'S PLURALITY OF METAPHORS

Taro Toyohira

Universidad de Salamanca

**Resumen:** *Este artículo estudia la relación intrínseca entre el ensayo orteguiano y el pensamiento orteguiano desde sus aspectos estilísticos. Más concretamente, buscamos explicar por qué Ortega expresó su pensamiento en la forma ensayística a partir del concepto de la pluralidad de metáforas. Con este objetivo, primero analizaremos el estilo literario de Ortega para mostrar su estructura metafórica y luego intentaremos explicar los aspectos metafóricos de su estilo con la teoría orteguiana de la metáfora, a la luz de la teoría cognitiva de Lakoff y Johnson.*

**Palabras clave:** *Ortega y Gasset, Lakoff, Johnson, metáfora, ensayo.*

**Abstract:** *This article studies the intrinsic relationship between Ortega's essay and Ortega's thought from its stylistic aspects. More specifically, we seek to explain why Ortega expressed his thought in the form of essay from the concept of the plurality of metaphors. With this objective, we will first analyze Ortega's literary style to show its metaphorical structure and then we will try to explain the metaphorical aspects of his style with Ortega's theory of metaphor, in light of the cognitive theory of Lakoff and Johnson.*

**Keywords:** *Ortega y Gasset, Lakoff, Johnson, metaphor, essay.*

## INTRODUCCIÓN

Ya en su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, Ortega afirmaba que, en la escritura, la forma y el fondo son inseparables. Allí sostenía que, invocando a Flaubert, “la forma sale del fondo como el calor del fuego”. E incluso unos cuarenta años después, en “En torno al Coloquio de Darmstadt, 1951”, repetía la inseparabilidad del pensamiento de su “forma de decir”. Afirmaba que a lo largo de la historia del pensamiento occidental cada filósofo debía inventar su “forma de decir”, el género adecuado para su pensamiento. Dicho de otra manera, la forma expositiva del pensamiento es ya de por sí la manifestación del contenido filosófico. Aplicando a sus propias obras lo que el propio Ortega afirmaba, se puede sostener que la “forma” literaria de Ortega sale del “fondo” de su pensamiento. Su forma de exposición filosófica —el ensayo— es el calor que sale del fuego de su filosofía. En otras palabras, se puede suponer que hay una relación interna entre el ensayo orteguiano y el pensamiento orteguiano, hay razones interiores —y no meramente exteriores— por las cuales su pensamiento debió tomar la forma del género ensayístico. El objetivo de este artículo es estudiar su relación interna entre la forma y el fondo en su dimensión solamente estilística. Es decir, trataremos de explicar la razón interna por la cual Ortega necesitó el género ensayístico como su *modus dicendi* y la libertad de estilo<sup>1</sup>, a partir de sus peculiaridades estilísticas. Una investigación más exhaustiva debería abarcar también la formalidad de los ensayos orteguianos en su dimensión temática y estructural, algo que no es posible desarrollarse en este estudio debido a la falta de espacio<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Para Ortega el ensayo significaba el género literario más libre. En “*El obispo leproso*, novela, por Gabriel Miró”, comparando la novela con el ensayo, dice: “El que escribe un ensayo se lanza a un etéreo espacio, donde prácticamente nada cohibe ni dirige su albedrío”. (José ORTEGA Y GASSET, “*El obispo leproso*, novela, por Gabriel Miró”, IV, p. 146). Cito las obras de Ortega por las *Obras Completas*, edición de Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, señalando el número de tomo en romanos y de páginas en arábigos.

<sup>2</sup> Obviamente este estudio no es primero en examinar los ensayos orteguianos en sus peculiaridades literarias. En lo siguiente presentamos algunos estudios relevantes para el tema, sin pretender la exhaustividad. Por un lado, hay estudios filológicos que estudian los ensayos orteguianos como obras puramente literarias. Generalmente en este tipo de investigaciones no se intenta explicar la relación interna entre la forma literaria y el contenido filosófico de Ortega. Muchas veces se atribuye a la accesibilidad del género ensayístico y el afán pedagógico de Ortega. Entre ellas, cito solamente la obra paradigmática de Ricardo Senabre Sempere *Lengua y estilo de Ortega* (1964), un estudio que, desde el punto de vista específicamente filológico, analiza agudamente los ensayos orteguianos. Por otro, Julián Marías ya resaltó brillantemente la importancia de la metáfora en los ensayos orteguianos en su *Ortega. Circunstancia y vocación* (1960). Sin embargo, en cuanto a la relación interna de la forma ensayística y el pensamiento orteguiano, la función cognitiva de la metáfora en sí no sería una razón suficiente para explicar la necesidad del género ensayista, puesto que, hasta cierto grado, el uso de la metáfora es permitido en artículos y tratados académicos. Respecto a la necesidad del género ensayístico, Marías propone principalmente tres razones: 1) la teoría del “filósofo «*in partibus infidelium*»”. Según esta explicación Ortega expresó su pensamiento en el ensayo, porque el nivel intelectual de España de aquel entonces era tan bajo que no se podía esperar una comprensión adecuada de una filosofía “técnica”: “En estas circunstancias, Ortega tuvo

El ensayo de Ortega posee muchas características estilísticas. Pero aquí no nos proponemos analizar todos estos diversos estilos que utiliza Ortega, puesto que no nos interesa el estilo literario en sí, a menos que afecte al razonamiento o al contenido del pensamiento orteguiano en su conjunto. Por ejemplo, el uso del cultismo o del arcaísmo no afecta casi nada al contenido del pensamiento. Igualmente, expresar un pensamiento de forma tecnicista o vulgar sólo cambiaría el matiz de las palabras.

que frenar su tendencia a hacer una filosofía «técnica»; si la hubiera hecho, hubiera caído en el vacío, hubiera sido «inasimilable»". (Julián MARÍAS, *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid, Alianza, 1984, p. 237). 2) La tradición periodista de España. Marías indica que España tenía una tradición ilustre de la prensa periodista y, por tanto, era muy común que un intelectual colaborara en los diarios y en las revistas: "Las razones para que Ortega escribiera sobre todo artículos eran muchas; además de las que acabo de mencionar, el hecho de que los diarios han tenido en España, desde el siglo XIX, una tradición ilustre, y por tanto *vigente*. Los mejores escritores españoles han colaborado con frecuencia en los diarios, y en ellos han constituido su público." (*Ibid.*, p. 296). 3) La razón económica. Los sueldos de los profesores de la universidad en aquella época eran tan bajos que «para vivir intelectualmente en forma», se tenía que escribir artículos de periódico. El ensayo era un género literario económicamente lucrativo: "Los artículos, además, han sido para muchos una fuente de ingreso imprescindible: los sueldos de los profesores han sido en España siempre insuficientes para vivir, no digamos para vivir *intelectualmente en forma*" (*Ibid.*). Por otra parte, Ciriaco Morón Arroyo, en su *Sistema de Ortega y Gasset* (1968), ensaya una explicación literario-psicológica. Oponiéndose a la teoría del "filósofo *in partibus infidelium*" de Marías, Morón Arroyo presenta "España-tentación". Según esta interpretación, España ofrecía tantos temas tentativos que Ortega —hombre intelectualmente sensible— no pudo resistir la tentación, y como consecuencia, en vez de escribir voluminosos tratados académicos que requerirían unos años de ascetismo intelectual, se lanzó a escribir numerosos ensayos con una variedad impresionante de temas diversos. Es una explicación a partir de la personalidad de Ortega. Al mismo tiempo Morón Arroyo señala la compatibilidad del ensayo con la sistematicidad filosófica, y el placer literario que proporciona el género mediante la presencia entre líneas del autor, la intimidad de los temas tratados, etc. Conviene señalar que tanto Marías como Morón Arroyo indican el rechazo del academicismo que experimentó Ortega en Alemania. Vicente Romano García, en su *José Ortega y Gasset, publicista* (1976), resalta la pretensión política de Ortega y nos presenta a un "Ortega publicista" lleno de ambiciones políticas y editoriales que utiliza el medio de comunicación (el ensayo) como el instrumento más eficaz para realizar sus objetivos. Romano García sostiene también que el estilo metafórico de Ortega muchas veces obstaculiza la comunicación precisa y correcta de su contenido, a pesar de la intención orteguiana. Estos tres investigadores representan una postura que explica la necesidad del ensayo con razones extrínsecas, es decir, didácticas, culturales, literarias, políticas, económicas y psicológicas, pero no filosóficas. Al fin y al cabo, para ellos los ensayos orteguianos serían una exposición del pensamiento orteguiano deficiente e impuesta por las circunstancias. Finalmente, hay posturas que aprecian positivamente el valor filosófico de la forma ensayística en Ortega. En *La tradición velada* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1999), Francisco José Martín adopta una postura filosóficamente positiva frente al género ensayístico e indica que es el punto de intersección entre el humanismo (la tradición velada) y Ortega. Puesto que, tanto para los humanistas como para Ortega, es inseparable la verdad de la belleza, el razonamiento de la retórica. Domingo Hernández Sánchez, en "La hora de ensayadores: Ortega y Musil" (en *Aciertos de metáfora*, Luso-Española de Ediciones, 2008, pp. 65-90) explica el ensayo a partir del concepto de la vida como posibilidades y ensayos de expansión. Dicho de otra forma, interpreta el género literario "ensayo" a partir del "ensayo" en sentido de tanteo, sondeo o intento. En "Ortega, el ensayo y el hipertexto" (en *Revista de Occidente* 205 (1998) 55-74), Carlos Moreno Hernández interpreta la estructura del ensayo orteguiano como un hipertexto lleno de enlaces de temas exteriores.

En nuestro estudio caracterizaremos el estilo de Ortega por la *abundancia* de metáforas. No sólo porque el uso *abundante* de metáforas sea la característica más notoria y constante del estilo orteguiano, como muchos investigadores indican<sup>3</sup>, sino también porque la metáfora *afecta considerablemente a su razonamiento*, desde el punto de vista lógico-formal. Ya Senabre lo señalaba en *Lengua y estilo de Ortega*:

En los escritos de Ortega, uno de los rasgos más notorios con que tropieza el lector es la escasa frecuencia con que aparecen las metáforas aisladas y señeras, a modo de incrustación en el contexto. Por lo general, el procedimiento es más complejo. Partiendo de una metáfora, ésta se desarrolla y se extiende y va creando elementos secundarios pertenecientes a su campo asociativo. [...] Esta peculiar fisonomía de los desarrollos metafóricos orteguianos, que llegan a ser, en ocasiones, auténticas “reacciones en cadena”<sup>4</sup>.

Sin embargo, Senabre —como él mismo aclara en su introducción—intencionadamente evitó entrar en el contenido del pensamiento orteguiano y, como consecuencia, sólo mostró algunos ejemplos puramente literarios y se limitó a señalar que esas “reacciones en cadena” habían llevado a Ortega, en ocasiones, a expresiones de mal gusto. Además, como su estudio es muy anterior a las investigaciones de la lingüística cognitiva, Senabre sólo trató metáforas explícitamente literarias, y no las «convencionales o escondidas». Pero en nuestro estudio también trataremos esas metáforas implícitas. Por ejemplo, la metáfora de “la vida *ascendente* y *decadente*” (aunque la expresión es tomada de Nietzsche). Es una expresión metafórica y contiene dos tipos de metaforización: la ontológica y la orientacional. Es decir, en esta metáfora, la vida es una sustancia que puede moverse y está arriba o abajo. Además, esas “reacciones en cadena” de las metáforas configuran buena parte de su pensamiento filosófico. Su razonamiento es, muchas veces, completamente metafórico. Partiendo de un postulado o una observación metafóricos, desarrolla sus implicaciones metafóricas y finalmente llega a una conclusión metafórica. En esos casos no sólo su estilo es metafórico, sino también el contenido.

Ahora bien, ningún estilo ha sido tan criticado como el metaforismo en el ámbito académico-filosófico. Se consideraba que la metáfora era una mera expresión figurativa del sentido literal —en el peor de los casos era un uso lingüísticamente inadecuado que podría engañar al lector—, y era admisible sólo y exclusivamente con el objetivo didáctico<sup>5</sup>. Y las obras de Ortega también ha sufrido bastante este “miedo a la metáfora” como señala Morón Arroyo:

<sup>3</sup> Cfr. Ricardo SENABRE SEMPERE, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1964, p. 126; Julián MARÍAS, *op.cit.*, p. 267.

<sup>4</sup> Ricardo SENABRE SEMPERE, *op.cit.*, p. 136.

<sup>5</sup> Véase George LAKOFF, Mark JOHNSON, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 232-234.

Los críticos de nuestro pensador han atacado fundamentalmente su preciosismo, sus imágenes y metáforas; muchos están dispuestos a elevarle cuanto quiera como literato si renuncia a considerarse filósofo<sup>6</sup>.

Y el siguiente pasaje muestra claramente que el propio Ortega fue muy consciente de esta “fobia a la metáfora” en el ámbito filosófico-científico:

Cuando un escritor censura el uso de metáforas en filosofía, revela simplemente su desconocimiento de lo que es filosofía y de lo que es metáfora. A ningún filósofo se le ocurriría emitir tal censura. La metáfora es un instrumento mental imprescindible, es una forma del pensamiento científico. [...]

Pasa con esta fobia a la metáfora científica como con las llamadas “cuestiones de palabras”<sup>7</sup>.

Por tanto, si para Ortega la metáfora tenía una considerable importancia filosófica, esta “fobia a la metáfora” en la literatura académico-filosófica suponía un obstáculo nada despreciable<sup>8</sup>. De modo que se puede afirmar, en principio, que la razón interior por la cual Ortega necesitaba la libertad de estilo fue esta importancia teórica de la metáfora. Por supuesto, ya existen numerosos estudios sobre la metáfora de Ortega<sup>9</sup>, pero ninguno de ellos explica satisfactoriamente su relación con el género ensayístico. Puesto que el uso de la metáfora —si no excede ciertos límites— está permitido, sobre todo con el objetivo didáctico, también en el tratado académico incluso en las ciencias naturales. Por tanto, el uso de la metáfora por sí mismo no sería un motivo suficiente para expresar su pensamiento en el ensayo. A mi modo de ver, lo que le importaba a Ortega al adoptar el ensayo como su forma de exposición no fue sólo el «uso de la metáfora», sino también el uso «abundante» de la metáfora. Ortega tenía que emplear «abundantes» metáforas, dicho de otra forma, necesitaba la pluralidad de metáforas. Las siguientes páginas tratan de mostrarlo.

<sup>6</sup> Ciriaco MORÓN ARROYO, *El sistema de Ortega y Gasset*, Madrid, Alcalá, 1968, p. 37.

<sup>7</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Las dos grandes metáforas”, II, p. 505.

<sup>8</sup> Se puede reconocer esta actitud en el siguiente pasaje de Romano García: «El uso de la misma [metáfora] está en función de su vertiente literaria, artística, y no de su pensamiento. [...] Pero si el lenguaje lírico y metafórico atrae y entretiene al lector, no es apropiado para una comunicación efectiva. [...] La realidad, sin embargo, es que la belleza de su lenguaje entorpece su teoría» (Vicente ROMANO GARCÍA, *José Ortega y Gasset, publicista*, Madrid, Akal, 1976, pp. 301-302)

<sup>9</sup> Aquí me limito a indicar algunos estudios representativos que tienen una relación estrecha con nuestro acercamiento. En cuanto al análisis filológico de las metáforas orteguianas: Ricardo SENABRE SEMPERE, *op.cit.*, pp. 125-161; Marías dedica un capítulo de su libro a analizar la función cognitiva de la metáfora en Ortega: Julián MARÍAS, *op.cit.*, pp. 267-291; Benavides Lucas señala que Ortega aplica los conocimientos de la nueva biología a otros campos no biológicos por medio de metáforas cognitivas: Manuel BENAVIDES LUCAS, *De la ameba al monstruo propicio. Raíces naturalistas del pensamiento de Ortega y Gasset*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1988, pp. 7-21.

## 1. LAS METÁFORAS ORTEGUIANAS

En este estudio, cuando se usa la palabra «metáfora» no sólo se refiere a ésta en sentido estricto, sino también a «comparación», «analogía», «sinécdoque» y «metonimia», en suma, a la «familia de la metáfora», a menos que se indique explícitamente lo contrario. El propio Ortega no distinguía estas diferencias al disertar sobre el tema. Dice en “Idea del teatro” así: “Por eso, la expresión más usada en la metáfora emplea el *como* y dice: la mejilla es *como* una rosa”<sup>10</sup>. Pero en la retórica “la mejilla es *como* una rosa” es una comparación y no una metáfora en sentido estricto. Una expresión estrictamente metafórica no debe llevar «como» y debe decir, por ejemplo: «La plena mujer [es] una manzana carnal» (Neruda). Así pues, nuestra delimitación de la metáfora está justificada desde este punto de vista orteguiano.

Si oteamos el pensamiento orteguiano en su conjunto con esta delimitación de la metáfora, en casi todos los puntos esenciales de sus tesis encontramos formulaciones metafóricas:

“Yo soy *yo* y *mi circunstancia*, y si no la salvo a ella no me salvo yo”<sup>11</sup>.

“Cultura [...] es *lo firme* frente a lo vacilante, es *lo fijo* a lo huidero, es *lo claro* frente a lo oscuro”<sup>12</sup>.

“Miramos con los *conceptos*”<sup>13</sup>.

“Vida *ascendente* y *decadente*”<sup>14</sup>.

“España se arrastra *invertibrada*”<sup>15</sup>.

“Cada individuo es un *punto de vista* esencial”<sup>16</sup>.

“La *altura* de los tiempos”<sup>17</sup>.

“[Las masas son], *boyas* que van a la deriva”<sup>18</sup>.

“el Estado ha llegado a ser una *máquina* formidable”<sup>19</sup>.

“Éstas [las creencias] son, pues, la *tierra firme*”<sup>20</sup>.

“Lo dudoso es una realidad *líquida*”<sup>21</sup>.

<sup>10</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Idea del teatro. Una abreviatura”, IX, p. 839.

<sup>11</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, I, p. 757.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 786.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 789.

<sup>14</sup> José ORTEGA Y GASSET, “El Quijote en la escuela”, II, p. 415.

<sup>15</sup> José ORTEGA Y GASSET, *España invertibrada*, III, p. 482.

<sup>16</sup> José ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*, III, p. 616.

<sup>17</sup> José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, IV, p. 387.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 378.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 449.

<sup>20</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Ideas y creencias”, V, p. 669.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 670.

“El hombre no es cosa ninguna, sino un *drama*”<sup>22</sup>.

“La vida es *quehacer*.”<sup>23</sup>.

“El Estado como *piel*”<sup>24</sup>.

“La vida es *prisión* en la realidad circunstancial”<sup>25</sup>.

(Cursivas mías)

La lista puede continuar mucho más, pero hacerla completa no es propósito de este estudio.

No es raro que un pensador exprese su núcleo filosófico de forma metafórica. Sin embargo, en esos casos la metáfora se emplea simplemente como un instrumento didáctico, ya que su pensamiento es tan «profundo» o tan orgullosamente «lógico» o «filosófico» que, para que lo entienda el «hombre común», es necesario verterlo en expresiones fáciles, es decir, metafóricas. No lo es en el caso de Ortega. Las metáforas orteguianas no son simples instrumentos didácticos para aplanar su pensamiento «profundo», sino que la metáfora forma el núcleo mismo de su pensamiento. Ortega descubre una metáfora, insiste en ella, saca sus implicaciones metafóricas y describe su estructura. Se puede hacer una lista muy larga de ese «razonamiento» metafórico. Por ejemplo, la idea principal del capítulo XIII de *La rebelión de las masas* se desarrolla en torno a la metáfora «el Estado es una máquina»:

El Estado es una *máquina*. (Metáfora central)<sup>26</sup>.

i) El Estado es diseñado y fabricado por el hombre<sup>27</sup> (como una máquina).

ii) El Estado funciona automáticamente<sup>28</sup> (como una máquina).

iii) El Estado está plantado en el centro de la sociedad<sup>29</sup> (como una máquina).

iv) El Estado necesita mantenimiento<sup>30</sup> (porque es una máquina).

<sup>22</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Historia como sistema”, VI, p. 64.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>24</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Del Imperio romano”, VI, p. 126.

<sup>25</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Idea del teatro. Una abreviatura”, IX, p. 846.

<sup>26</sup> “El Estado ha llegado a ser una máquina formidable.” (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, IV, p. 449).

<sup>27</sup> “El Estado contemporáneo es el producto más visible y notorio de la civilización. [...] es una creación humana, inventada por ciertos hombres” (*Ibid.*).

<sup>28</sup> “Cuando la masa siente alguna desventura, o simplemente algún fuerte apetito, es una gran tentación para ella esa permanente y segura posibilidad de conseguirlo todo—sin esfuerzo, lucha, duda ni riesgo—sin más que tocar el resorte y hacer funcionar la portentosa máquina” (*Ibid.*, p. 450).

<sup>29</sup> “Plantada en medio de la sociedad, basta tocar a un resorte para que actúen sus enormes palancas y operen fulminantes sobre cualquier trozo del cuerpo social.” (*Ibid.*, p. 449.).

<sup>30</sup> “Y como a la postre no es sino una máquina, cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circundante que la mantenga” (*Ibid.*, p. 450).

v) El Estado puede herrumbrarse y quedarse averiado<sup>31</sup> (porque es una máquina).

También la tercera parte del capítulo primero de “Ideas y creencias” consiste en el desarrollo metafórico de la metáfora «la duda es una sustancia líquida»:

La duda es una *sustancia líquida* (Metáfora central).

- i) La duda es una realidad líquida<sup>32</sup>.
- ii) El mundo de la duda es un paisaje marino<sup>33</sup>.
- iii) La duda fluctúa como las olas del mar, pone la creencia a prueba<sup>34</sup>.
- iv) El hombre cae en el mar de dudas<sup>35</sup>.
- v) El pensador es naufrago<sup>36</sup>.
- vi) El intelecto es salvavidas<sup>37</sup>.

Pero en Ortega, es más frecuente que una misma metáfora adquiera su desarrollo metafórico en diversos pasajes de sus obras que en una única parte limitada.

Por ejemplo, su teoría epistemológica se inicia con una metáfora: «conocer es mirar»:

Conocer es *mirar* (metáfora central)<sup>38</sup>.

- i) El filósofo es amigo de mirar<sup>39</sup>.
- ii) Miramos las cosas a través de conceptos; el concepto es un órgano ocular<sup>40</sup>.

<sup>31</sup> “El Estado, después de chupar el tuétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto, con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo.» (*Ibid.*).

<sup>32</sup> “Lo dudoso es una realidad líquida” (José ORTEGA Y GASSET, “Ideas y creencias”, V, p. 670).

<sup>33</sup> “De aquí el «hallarse en un mar de dudas”. [...] el mundo de lo dudoso un paisaje marino» (*Ibid.*).

<sup>34</sup> “Nos habla de la duda como fluctuación, vaivén de olas. [...] La duda, descrita como fluctuación, nos hace caer en la cuenta de hasta qué punto es creencia” (*Ibid.*, p. 670).

<sup>35</sup> “En la duda se está como se está en un abismo, es decir, cayendo” (*Ibid.*, p. 669).

<sup>36</sup> “El mundo de lo dudoso [...] inspira al hombre presunciones de naufragio” (*Ibid.*).

<sup>37</sup> “Pero al caer en la duda se agarra a él [intelecto] como a un salvavidas” (*Ibid.*, p. 671).

<sup>38</sup> “La historia de la ciencia del conocimiento nos muestra que la lógica, oscilando entre el escepticismo y el dogmatismo, ha solido partir siempre de esta errónea creencia: *el punto de vista del individuo es falso*. De aquí emanaban las dos opiniones contrapuestas: es así que *no hay más punto de vista que el individual, luego no existe la verdad* —escepticismo; es así que *la verdad existe, luego ha de tomarse un punto de vista sobreindividual*— racionalismo.

El Espectador intentará separarse igualmente de ambas soluciones, porque discrepa de la opinión donde se engendran. *El punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad.* (Cursivas mías)” (José ORTEGA Y GASSET, “Verdad y perspectiva”, II, p. 162).

<sup>39</sup> “Por esto es El Espectador la conmovida apelación a un público de amigos de mirar” (*Ibid.*, p. 161).

<sup>40</sup> “Literalmente exacta es la opinión platónica de que no miramos con los ojos, sino al través o por medio de los ojos; miramos con los conceptos. *Idea* en Platón quería decir punto de vista.” (José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote* (1914), I, p. 789).



- iii) Teoría es una visión, un punto de vista<sup>41</sup>.
- iv) La evidencia de una cosa es verla<sup>42</sup>.
- v) No hay conocimiento objetivo porque todo conocimiento lo es desde un punto de vista<sup>43</sup>.
- vi) Nos desconocemos porque el ojo no se ve a sí mismo<sup>44</sup>.

Su ética igualmente tiene como núcleo central una metáfora: «vida *ascendente* y *decadente*»:

Vida *ascendente* y *decadente*<sup>45</sup> (metáfora central).

- i) La vida puede tener altura<sup>46</sup>.
- ii) La vida se mueve, es movimiento<sup>47</sup>.
- iii) La vida puede subir y bajar<sup>48</sup>.
- iv) Subir es bueno, bajar es malo<sup>49</sup>.
- v) La vida del noble selecto sube hacia lo perfecto que está arriba. La masa está abajo<sup>50</sup>.

<sup>41</sup> "Cada concepto es literalmente un órgano con que captamos las cosas. Sólo la visión mediante el concepto es una visión completa" (*Ibid.*, p. 785); "Platón descubre el origen de la ciencia en este amor, este Eros, este afán de contemplar las cosas en sí mismas, y no en los juegos de placer y dolor que dentro de nosotros producen. En la *Constitución civil* o *República* pone al amante de la verdad —filósofos—, formando una clase especial dentro del linaje de los curiosos —*filotheamones*—, de los amigos de mirar y cuando busca un nombre expresivo para la ciencia, no logra hallar otro más exacto que "teoría", visión, contemplación." (José ORTEGA Y GASSET, "Renan", II, p. 36).

<sup>42</sup> "Lo urgente ahora es insistir en que no hay más verdad teórica rigurosa que las verdades fundadas en evidencia, y esto implica que para hablar de las cosas tenemos que exigir verlas" (José ORTEGA Y GASSET, "¿Qué es filosofía?", VIII, p. 298).

<sup>43</sup> "Todo conocimiento lo es desde un punto de vista determinado" (José ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*, III, p. 613).

<sup>44</sup> "El ojo no se ve a sí mismo; no podemos observar nada en la penumbra subterránea de nosotros mismos." (José ORTEGA Y GASSET, "Estudios sobre el corazón", en *Ideas y creencias*, Madrid, Revista de Occidente, 2007, p. 150. No queda el manuscrito de la tercera parte de este ensayo. La cita procede del resumen publicado en *El Sol* y "su fidelidad en lo precedente la autoriza", señala Paulino Garagorri (p. 159).

<sup>45</sup> "Vida ascendente y decadente" (José ORTEGA Y GASSET, "El Quijote en la escuela", II, p. 415).

<sup>46</sup> "Lo cual nos hace caer en la cuenta de que la vida puede tener altitudes diferentes" (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, IV, p. 387).

<sup>47</sup> "Por ser la vida tan esencialmente esto, acción y movimiento, el sistema de metas hacia las cuales se disparan nuestros actos y avanzan nuestros movimientos es una parte integrante del organismo viviente." (José ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*, III, p. 606).

<sup>48</sup> "El tiempo vital, lo que cada generación llama «nuestro tiempo», tiene siempre cierta altitud, se eleva hoy sobre ayer, o se mantiene a la par, o cae por debajo." (José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, IV, p. 387).

<sup>49</sup> "Me refiero a su distinción entre la vida ascendente y la vida descendente, entre la vida lograda y la vida malograda." (José ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*, III, p. 604).

<sup>50</sup> "Hay quien no se siente vivir si no es a máxima tensión de sus capacidades. Sólo le sabe el peligro y la dificultad. La existencia no tiene para él sentido sino es ascensión de lo menos a lo más perfecto. De aquí que le repugne el dominio. El temperamento dominador ve todo de arriba abajo: le complace mirar a los inferiores, y su afán de ascensión es sólo el deseo de estar

Como se nota fácilmente, estos «razonamientos» constan totalmente de metáforas. Los críticos del pensamiento orteguiano muchas veces han atacado este razonamiento metafórico. Pero hay que destacar que este “razonamiento” metafórico no es arbitrario ni subjetivo. Por ejemplo, «El Estado es una máquina, por eso a veces baila el tango» es un razonamiento arbitrario e incoherente. Pero «El Estado es una máquina, por eso a veces necesita mantenimiento» no es arbitrario ni incoherente, más bien, es un razonamiento necesario incluso inevitable. Porque si miramos el Estado como si éste fuera una máquina, inevitablemente necesitaría el mantenimiento. Ortega no inventa arbitrariamente la metáfora «el Estado se herrumbra». Esa expresión metafórica ya estaba implicada en la estructura interior de la metáfora central «el Estado es una máquina». Por eso, conviene más llamarle «análisis metafórico» o «descripción metafórica», en vez de razonamiento. Además, Ortega es consciente de que es una metáfora. Y esto significa que, para entender bien el sentido de estas metáforas, hay que verlas a la luz de su teoría de la metáfora. Y para poner en claro su actualidad, la compararemos, en su caso, con la teoría estándar y más dominante de la metáfora en la lingüística moderna: la teoría cognitiva de Lakoff y Johnson.

## 2. FUNCIÓN COGNITIVA DE LA METÁFORA

La teoría orteguiana de la metáfora se desarrolla principalmente en tres ensayos: “Renan” (1909), “Ensayo de estética a manera de prólogo” (1914) y “Las dos grandes metáforas” (1924). También un capítulo de *La deshumanización del arte* (1922) está dedicado al tema, pero allí Ortega no desarrolla su teoría, sino que presenta la de Werner. Y conviene recordar que, aunque el tercero se publicó en 1924, la idea principal de este ensayo es de 1916, como señala Marías<sup>51</sup>. Estas fechas indican que Ortega trataba de la metáfora desde el principio de su trayectoria intelectual. Y su teoría de la metáfora, vista aún desde nuestro tiempo, es válida y original. De hecho, se puede afirmar sin reserva, que “Las dos grandes metáforas” es una de las más importantes aportaciones originales y científicas de Ortega.

En este ensayo, nuestro autor distingue entre dos funciones diferentes de la metáfora científica. Una es “transposición de nombre”:

encima de los inferiores; por tanto, de lo que está bajo. El temperamento selecto no goza con ningún predominio. Señorear algo es, a la postre, tratar con inferiores y él necesita, por el contrario, el acicate constante que le impulse hacia arriba, la succión de lo supremo. Por lo menos necesita sentirse entre iguales. Al cabo, el que no es igual, puesto que no lo dominamos, está siempre en potencia de superarnos y nos incita, por tanto, al certamen ascensional.

De aquí que los cosmopolitas de la cultura se sientan desligados de la convivencia espiritual con la masa de su nación e impremeditadamente sientan la necesidad de contacto con los pares o mejores de todo el mundo. Han menester de esa presión, de esa incitación hacia lo alto.” (José ORTEGA Y GASSET, “Cosmopolitismo” V, p. 202).

<sup>51</sup> Julián MARÍAS, *op.cit.*, p. 272.

Dos usos de rango diferente tiene en la ciencia la metáfora. Cuando el investigador descubre un fenómeno nuevo, es decir, cuando forma un nuevo concepto, necesita darle un nombre. Como una voz nueva no significaría nada para los demás, tiene que recurrir al repertorio del lenguaje usadero, donde cada voz se encuentra ya adscrita a una significación. A fin de hacerse entender, elige la palabra cuyo usual sentido tenga alguna semejanza con la nueva significación. De esta manera, el término adquiere la nueva significación al través y por medio de la antigua, sin abandonarla<sup>52</sup>.

Pero esta primera función de metáfora no tiene mucha importancia teórica tanto para Ortega como para nosotros. Puesto que en este caso la metáfora es un mero sucedáneo de neologismo. Y en el campo científico no hay gran diferencia entre llamar a un vertebrado marino desconocido hasta entonces "león marino", y llamarle *eumetopias*. Tanto da transponerle un nombre ya existente como inventarle uno nuevo. Al fin y al cabo, es una cuestión de etiqueta. Más importante es la otra, es decir, la función cognitiva de la metáfora:

Aquí empezamos a advertir el segundo uso, el más profundo y esencial de la metáfora en el conocimiento. No sólo la necesitamos para hacer, mediante un nombre, comprensible a los demás nuestro pensamiento, sino que la necesitamos inevitablemente para pensar nosotros mismos ciertos objetos difíciles. Además de ser un medio de expresión, es la metáfora un medio esencial de intelección<sup>53</sup>.

Aquí la metáfora ya no es un problema de "expresión", sino de "intelección". Ortega pone el ejemplo de "fondo del alma":

Al denominar con la palabra «fondo» cierta porción del alma, nos damos cuenta de que empleamos el vocablo, no directamente, sino por medio de su significación propia. Cuando decimos «rojo», nos referimos, desde luego, y sin intermediario alguno al color así llamado. En cambio, al decir del alma que tiene «fondo», nos referimos primariamente al fondo de un tonel o cosa parecida, y luego, desvirtuando esta primera significación, extirpando de ella toda alusión al espacio corporal, la atribuimos a la psique<sup>54</sup>.

Dicho de otra forma, comprendemos ciertos aspectos de la mente humana a través de la metáfora espacial. Porque los fenómenos mentales no son tan claros como "el color rojo", o sea, son más difíciles de pensar:

<sup>52</sup> José ORTEGA Y GASSET, "Las dos grandes metáforas", II, p. 506.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 508.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 507-508.

No son, pues, todos los objetos igualmente aptos para que los pensemos, para que tengamos de ellos una idea aparte, de perfil bien definido y claro. Nuestro espíritu tenderá, en consecuencia, a apoyarse en los objetos fáciles y asequibles para poder pensar los difíciles y esquivos.

Pues bien: la metáfora es un procedimiento intelectual por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual<sup>55</sup>.

Y lo que ha demostrado la lingüística cognitiva es que de hecho comprendemos los objetos difíciles de pensar mediante la metáfora; por ejemplo, el «tiempo». Comprendemos el «tiempo» a través de varias metáforas y una de las más fuertes de la modernidad es “el tiempo es dinero”. Decimos «tengo/no tengo tiempo», «me hizo perder tiempo», «ahorre tiempo con nuestro nuevo servicio», «he gastado mucho tiempo en aprender latín». Y lo importante es que no es una mera forma de decir, sino que, al emplear estas expresiones, de hecho, comprendemos el tiempo como algo que se puede «tener», «perder», «ahorrar» y «gastar». En suma, «el tiempo es dinero». Y esta comprensión metafórica realmente estructura nuestra sociedad, como han mostrado Lakoff y Johnson:

En nuestra cultura EL TIEMPO ES DINERO de muchas maneras: las unidades de las llamadas telefónicas, los salarios por horas, los precios de las habitaciones de hotel, los presupuestos anuales, los intereses en los préstamos, y el pago de las deudas a la sociedad por medio de servicios temporales. Estas prácticas son relativamente nuevas en la historia de la raza humana, y en absoluto existen en todas las culturas. Han aparecido en las sociedades industriales modernas y estructuran nuestras actividades básicas cotidianas de manera muy profunda<sup>56</sup>.

El tiempo no es un objeto apto para que tengamos de él “una idea aparte, de perfil bien definido y claro”, por eso para comprenderlo nos apoyamos en otro objeto más fácil y asequible de entender: dinero. Pero esto no acontece sólo en la vida cotidiana, sino también en el campo científico. Tanto Ortega como los lingüistas cognitivos señalan que la metáfora cumple una función cognitiva en las ciencias. Ortega indica que la teoría física newtoniana se basa en una metáfora: “los astros son números”:

Un astro y un número son cosas bien distintas. Sin embargo, cuando Newton formula la ley de gravitación diciendo que los cuerpos ponderan los unos hacia los otros en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias, no hace sino descubrir la identidad parcial, abstracta,

---

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 508.

<sup>56</sup> George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 44.

que existe entre las luminarias celestes y una serie de números. Aquéllas se comportan entre sí como éstos entre sí. El pitagórico que apoyándose en ello concluyese: «Luego los astros son números», habría añadido a Newton lo mismo que Lope de Vega añade a la efectiva, aunque parcial, identidad entre las lanzas de cristal y los surtidores de las fuentes<sup>57</sup>.

También en un curso universitario de 1935 señala que Kepler aceptó el heliocentrismo de Copérnico porque “el sol era el rey del cielo” y el rey no debía girar en torno a los súbditos, sino al revés. Por tanto, el sol no gira alrededor de la tierra sino la tierra gira alrededor del sol:

No: creer algo por razones, esto es, por lógica, es específico del hombre racionalista y en una u otra dosis lo es muy esencialmente del hombre clásico y del hombre moderno. Pero hay otros motivos «irracionales»—esto es, ilógicos, para creer algo: [...] experiencia de tipo intelectual aunque no lógico, por ejemplo, la metáfora.

Cómo el hombre racionalista ha conseguido defenderse un poco de la metáfora—pero sólo un poco. En Kepler aún es «razón»=motivo para el heliocentrismo la conveniencia de que haya un rey. Persistencia en nuestro tiempo del poder de la metáfora<sup>58</sup>.

Y las teorías ópticas más modernas de su tiempo tampoco se le escapan en un curso bonaerense:

Parejamente, la *onda luminosa* de Huyghens —el émulo de Newton— es una metáfora en comparación con la *onda líquida* del agua. Pero la onda de Luis de Broglie, la *onda cuántica* —base hoy de la física— es mucho más metáfora, porque ni es una onda de agua, ni siquiera una onda de éter como la luminosa, sino que es una *onda de probabilidad*. Ahora bien, una *onda de probabilidad* es muy probablemente metafórica<sup>59</sup>.

Los estudios cognitivos de la metáfora han aportado numerosos ejemplos de este tipo de razonamiento metafórico en las ciencias<sup>60</sup>. Por ejemplo, como señala Alfredo Marcos, en la biología, el uso de la metáfora es ubicua, como “la naturaleza como ribazo enmarañado” o “la evolución como árbol de la vida”, etc. Tradicionalmente se consideraba que el uso de la metáfora en las ciencias es sólo y exclusivamente didáctico. “Sin embargo, en oposición a

<sup>57</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Las dos grandes metáforas”, II, p. 510.

<sup>58</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Principio de metafísica según la razón vital. [Lecciones del curso 1935-1936]”, IX, p. 194.

<sup>59</sup> José ORTEGA Y GASSET, “La razón histórica [Curso de 1940]”, IX, p. 495.

<sup>60</sup> Véase Alfredo MARCOS, *Ciencia y acción: una filosofía práctica de la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 320-376; Andrés RIVADULLA, “Metáforas y modelos en ciencia y filosofía”, en *Revista de Filosofía* 31, n. 2 (2006) 189-202.

esta hipótesis, el cognitivismo reivindica para la metáfora un papel fundamental en la conceptualización de la realidad científica<sup>61</sup>, indican Cuadrado Esclapez y Berge Legrand. Las metáforas ejercen un papel epistémico en las ciencias, funcionan como generadoras de nuevos descubrimientos<sup>62</sup> e incluso puede constituir un nuevo modelo teórico o paradigma científico. Recuerde-se, por ejemplo, que la concepción más elemental de la materia en la física y en la química se basa en una metáfora, como indica Rivadulla: “el átomo es un sistema solar en miniatura”<sup>63</sup>. Y las nuevas teorías, como la teoría de cuerdas que considera la materia como una cuerda que vibra en más de cuatro dimensiones, están tratando de superarla.

Y hoy en día aquel pasaje del joven Ortega, donde sostenía que la metáfora daba sustento a toda una civilización y que el noventa por ciento de la vida humana estaba constituido por ella, ya no nos parece atrevido, sino más bien, científicamente exacto:

Ese universo ilimitado está construido con metáforas. ¡Qué riqueza! Desde la comparación menuda y latente, que dio origen a casi todas las palabras, hasta el enorme mito cósmico que, como la divina vaca Hathor de los egipcios, da sustento a toda una civilización, casi no hallamos en la historia del hombre otra cosa que metáforas. Suprímase de nuestra vida todo lo que no es metafórico y nos quedaremos disminuidos en nueve décimas partes. Esa flor imaginativa tan endeble y minúscula forma la capa inmovible de subsuelo en que descansa la realidad nuestra de todos los días, como las islas Carolinas se apoyan en arrecifes de coral<sup>64</sup>.

Así pues, tanto para Ortega como para los lingüistas cognitivos, la metáfora no es un mero ornamento literario, sino que es una forma de comprender la realidad; la metáfora cumple una función cognitiva tanto en la vida cotidiana como en el ámbito científico. Pero aquí nos surge una interrogante; si la metáfora cumple una función epistémica tan importante, ¿por qué el uso de la misma ha sido criticado en el ámbito académico-filosófico?

### 3. «IRRACIONALIDAD LÓGICA» DEL CONOCIMIENTO METAFÓRICO

Hemos visto que la metáfora cumplía la función cognitiva tanto para Ortega como para los lingüistas modernos. La metáfora es una forma de comprender la realidad, y en este sentido, es un conocimiento de la realidad: “la

---

<sup>61</sup> Georgina CUADRADO ESCLAPEZ, Heliane BERGE LEGRAND, “Aportaciones al estudio de la metáfora en la física cuántica a partir de textos en inglés y en español”, en *Ibérica. Revista de la Asociación Europea de Lenguas para Fines Específicos* 13 (2007), p. 86.

<sup>62</sup> Alfredo MARCOS, *op.cit.*, pp. 328-329.

<sup>63</sup> Véase Andrés RIVADULLA, *op.cit.*, pp. 189-202.

<sup>64</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Renan”, II, pp. 40-41.

metáfora es una verdad, es un conocimiento de realidades"<sup>65</sup> dice Ortega. Pero quedaba pendiente preguntarnos en qué sentido una metáfora puede ser verídica o falsa, a pesar de ser "irracional" e "ilógica". Puesto que Ortega afirmaba así: "pero hay otros motivos «irracionales» —esto es, ilógicos, para creer algo: [...] experiencia de tipo intelectual aunque no lógico, por ejemplo, la metáfora". Es decir, la metáfora es un conocimiento de realidades, por tanto, puede ser verídica o falsa pero no en sentido lógico-formal. Pues bien, en primer lugar, hay que precisar en qué sentido la metáfora es "ilógica" e "irracional".

Para Ortega, en principio, la metáfora significa la identificación de dos cosas diferentes. En la lógica hay varias versiones de la identidad total<sup>66</sup>. El criterio más estrecho de la identidad total es el "principio de indiscernibilidad de Leibniz", señala Bordes Solanas: "Según este famoso principio, si dos objetos  $a$  y  $b$ , son tales que  $a=b$ , entonces, para toda propiedad,  $F$ ,  $F(a)$  si y sólo y  $F(b)$ "<sup>67</sup>. Y la interpretación más estrecha de esta ley exige la coincidencia de todas las propiedades en todas partes temporales en todos los mundos posibles para existir una identidad entre dos cosas. Y otra postura más moderada sostiene que el criterio de la atemporalidad de identidad ( $xy$  ( $x=y$ )  $tt'$  ( $t/x=t'/y$ )<sup>68</sup>) es suficiente para la identidad total de dos cosas. Es decir, en la segunda, la ley de Leibniz no incluye propiedades modales. En este caso de la identidad total, las expresiones metafóricas (no solo las metafóricas, sino casi todo tipo de enunciados salvo tautológicos) serían erróneas. Cuando Nietzsche sostiene que nuestro propio sistema epistémico —desde el impulso nervioso hasta el concepto mismo y la teoría y la clasificación como construcciones conceptuales— es metafórico (e incluso rechaza una tautología como  $A=A$ )<sup>69</sup>, está negando la identificación total. Esta postura metafórica nos conduciría obviamente a un irracionalismo ilógico. Pero no creo que Ortega se vaya tan lejos como Nietzsche. Entonces el problema sería el caso de la identidad parcial. Por la identificación parcial, aquí entiendo una relación en la que «A es B» es verídico, pero no «B es A». En este caso de la identificación parcial, un enunciado «verídico» tomará la forma de subcategorización correcta. Por ejemplo, «Sócrates es hombre» es una subcategorización correcta y verdadera porque Sócrates es una subcategoría de la categoría-hombre. Pero «el ciprés es una llama» es errónea porque el ciprés y la llama pertenecen a distintos tipos (debería ser «el ciprés es árbol», por ejemplo). Y si «el ciprés *no* es llama»

<sup>65</sup> José ORTEGA Y GASSET, "Las dos grandes metáforas", II, p. 509.

<sup>66</sup> Véase: Montserrat BORDES SOLANAS, "Identidad, constitución y superveniencia", en *Crítica. Revista Hispanoamericana de Filosofía* XXVIII, n. 83 (1996) 41-73.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>68</sup>  $t/x$  significa "x en el tiempo t".

<sup>69</sup> Friedrich NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 21-25.

es verídica, obviamente «el ciprés es una llama» será una oración falsa. Pero Ortega afirma que esta metáfora no es errónea, sino que crea un nuevo objeto contradictorio “ciprés-llama” que no es ciprés ni es llama, pero que es ciprés y llama<sup>70</sup>. Por tanto, esta metáfora viola el principio de no contradicción tradicional:  $\neg (A \wedge (\neg A))$ .

Mas hay que destacar que, a pesar de ser «ilógicas» desde este punto vista, las metáforas no son expresiones sin sentido; de hecho, siempre comprendemos algo al escucharlas. Y entre esos significados que comprendemos al escucharlas, hay muchos sentidos verídicos y útiles. Si la lógica falla al captar estos sentidos, esto no significa que la metáfora sea culpable y absurda, sino al contrario, que la lógica demuestra su impotencia al tratar de comprender la realidad. Creo que el problema que subyace en esta censura de la metáfora es una concepción objetivista del concepto. Es decir, quienes critican el uso de la metáfora en la filosofía ya creen de antemano que el concepto utilizado en la misma debe ser neutro y objetivo como los símbolos lógicos, y que, como consecuencia, debe obedecer rigurosamente los principios lógicos.

#### 4. CRÍTICA DEL DICCIONARIO

La concepción objetivista del concepto da por sentado que un concepto o una palabra es «etiqueta» de un conjunto de propiedades inherentes y objetivas<sup>71</sup>. Por tanto, estos objetivistas afirman que, cuando uno quiere saber el significado de una palabra o concepto, debe buscarlo en el diccionario, sea el «Real» o el ideal. Para ellos, el significado de una palabra o concepto es su «definición objetiva», y no es «comprensión». Es decir, los objetivistas afirman que hay significados independientes de la comprensión humana que implica, por lo menos, la comprensión de quien dice algo, la del interlocutor que lo escucha y la situación en la que se desarrolla esa conversación. Es la «beatería del diccionario». Los objetivistas tachan la metáfora de «irracional», dado que ésta, aparentemente, contradice los significados «objetivos» y «verídicos» que debe contener la palabra y como consecuencia, viola los principios más básicos de la lógica. Pero desde esta postura, obviamente, ni siquiera se puede comprender un fenómeno lingüístico tan cotidiano y universal como la metáfora. Ellos imponen sus principios y esquemas abstractos a la realidad, en vez de tratar de comprenderla.

En cambio, para Ortega, “el concepto, [...] no es sino la intención mental hacia una cosa”<sup>72</sup> y “el término «metáfora» significa a la par un procedimiento

---

<sup>70</sup> “Sentimos simplemente una identidad, vivimos ejecutivamente el ser ciprés-llama.” (José ORTEGA Y GASSET, “Ensayo de estética a manera de prólogo”, I, pp. 677.)

<sup>71</sup> Véase George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, pp. 156-166; pp. 238-267.

<sup>72</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Las dos grandes metáforas”, II, p. 505.



y un resultado, una forma de actividad mental y el objeto mediante ella logrado”<sup>73</sup>. Además, “Todo decir, es decir algo a alguien”. Para Ortega, el significado de una palabra es siempre lo que quiere significar un hablante y lo que entiende su interlocutor, en una determinada circunstancia. Esta concepción cognitivista del concepto fue la convicción constante de Ortega que regía su escritura desde la primera juventud y, al mismo tiempo, que echaba de menos en los culturalistas alemanes, según él mismo dice en su única escritura autobiográfica<sup>74</sup>.

El significado no es «definición» sino «comprensión» y, por tanto, siempre contextual y circunstancial; esta concepción cognitiva del significado es el punto de intersección entre Ortega y los lingüistas cognitivos como se ve en el siguiente pasaje de la obra de Lakoff y Johnson:

Así el significado no es nunca incorpóreo u objetivo y siempre está fundamentado en la adquisición y el uso de un sistema conceptual y las metáforas que lo estructuran. La verdad, en consecuencia, no es absoluta u objetiva, sino que se basa en la comprensión. Las oraciones no tienen significados intrínsecos objetivamente dados y la comunicación no puede ser meramente la transmisión de tales significados<sup>75</sup>.

De ahí la «crítica del Diccionario» por ambas partes. Lakoff y Johnson dicen:

Si se mira en un diccionario la palabra «amor», se encuentran entradas que mencionan afecto, cariño, devoción, apasionamiento, e incluso deseo sexual, pero no hay mención alguna de la manera en que comprendemos «amor» por medio de metáforas como EL AMOR ES UN VIAJE, EL AMOR ES LOCURA, EL AMOR ES GUERRA, etcétera. Si tomamos expresiones como «Mira lo lejos que hemos llegado», o «¿Dónde estamos ahora?» no habría manera de decir, de acuerdo con un diccionario estándar o cualquiera de las explicaciones al uso del significado, que estas expresiones son formas normales de hablar sobre la experiencia amorosa en nuestra cultura.<sup>76</sup>

Por otra parte, Ortega hace una crítica idéntica, pero unos treinta años antes de los lingüistas cognitivos, en un apartado de “Del Imperio romano” que se titula “Diccionario y circunstancia”:

<sup>73</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Ensayo de estética a manera de prólogo”, I, p. 673.

<sup>74</sup> «Esta ha sido la sencilla y evidente norma que ha regido mi escritura desde la primera juventud. Todo decir dice algo —esta perogrullada no la ignora nadie—, pero, además, todo decir dice ese algo a alguien— esto lo saben tan bien como yo los profesores, los *Gelehrte* alemanes, mas, crueles y despectivos, suelen olvidarlo.» (José ORTEGA Y GASSET, “Prólogo para alemanes”, IX, p. 127).

<sup>75</sup> George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 240.

<sup>76</sup> *Ibid.*, pp. 156-157.

Nadie pretenderá que el Diccionario baste para revelarnos lo que una palabra significa. Ya es mucho que logre proporcionar un esquema dentro del cual puedan quedar inscritas las infinitas significaciones efectivas de que una palabra es susceptible. Porque es evidente que el significado real de cada vocablo es el que tiene cuando es dicho, cuando funciona en la acción humana que, es decir, y depende, por tanto, de quien lo dice y a quien se dice, y cuando y donde se dice. Lo cual equivale a advertir que el significado auténtico de una palabra depende, como todo lo humano, de las circunstancias.<sup>77</sup>

Y para ilustrar su pensamiento un poco más, Ortega pone ejemplo del vocablo “negra”. La cantidad de posibles significados que puede tener una modesta palabra “negra” fácilmente trasciende la capacidad del Diccionario, y la de una definición «objetiva». Ortega lo explica poniendo dos ejemplos de la expresión metafórica. La “negra” “ni siquiera obliga a que pensemos en un color, ya que, a veces, hablamos de «nuestra negra suerte»”<sup>78</sup>. De la misma forma, indica Ortega a continuación, basta que el cliente de un bar —una circunstancia determinada— grite “Negra” para que el camarero traiga una cerveza «negra» solícitamente. Este ejemplo aclara muy bien que el significado real y concreto de una palabra en el mundo vital es siempre su «compresión» y no su «definición».

“Nuestra negra suerte” es una típica expresión metafórica en sentido estricto y el grito “Negra” es una metonimia. Y desde el punto de vista objetivista tanto «nuestra suerte es negra», como «traer negra» son oraciones “irracionales” e “ilógicas”. Pero para nosotros, el verdadero punto de vista irracional es esa postura objetivista impotente que ni siquiera puede (o no quiere) comprender “nuestra negra suerte”. Es más, el conocimiento metafórico puede ser verídico, aunque no en sentido «objetivista», pero sí, de forma racional. Una objeción de Lakoff y Johnson aclara bastante bien las características del conocimiento metafórico:

Lo mismo puede decirse de los intentos de proporcionar una teoría de la verdad que comprenda las limitaciones de la definición clásica de la verdad a lo Tarski:

«S» es verdadera si y sólo si S...

o versiones más modernas como:

«S» es verdadera si y sólo si *p* (donde *p* es una aserción en un lenguaje lógico universalmente aplicable).

---

<sup>77</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Del Imperio romano”, VI, pp. 86-87.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 87.

El prototipo de estas teorías, el traído y llevado «La nieve es blanca» es verdadero si y sólo si la nieve es blanca.

Parece suficientemente razonable, puesto que podría razonablemente pensarse que hay un sentido en que la nieve es objetivamente identificable y es inherentemente blanca. Pero qué ocurre en «Hay niebla delante de la montaña» es verdadera si y sólo si hay niebla delante de la montaña.

Puesto que el mundo no contiene entidades claramente identificables como la niebla y la montaña, y puesto que las montañas no tienen partes delanteras inherentes, la teoría puede funcionar sólo en relación a la comprensión humana de lo que es «delante» en una montaña, y de una delineación de la niebla y la montaña<sup>79</sup>.

La montaña no tiene parte delantera ni trasera en sentido literal, por eso “hay niebla delante de la montaña” es una expresión metafórica. Miramos la montaña como si ésta tuviera una parte delantera y trasera. Por tanto, si hablamos de la “delantera” de la montaña estamos proyectando nuestra orientación espacial al objeto “montaña”. Así pues, “delante de la montaña” es una forma de comprender la realidad y es una propiedad no “inherente” sino “proyectada”<sup>80</sup> al objeto. Desde el punto de vista objetivista, “delante de la montaña” se consideraría como una expresión inadecuada, o incluso irracional. Puesto que ninguna “definición de la montaña” implica ni parte delantera ni trasera de la misma.

Pero conviene destacar que esta postura cognitiva no nos conduce a ningún «irracionalismo». Se puede verificar si “hay niebla delante de la montaña” es verídica o falsa, si averiguamos qué comprende por “niebla” y “montaña” quien dijo esta oración, desde dónde miró la montaña, a qué cultura pertenece esa persona, dónde se situaba la niebla cuando dijo esta oración. En suma, *el conocimiento metafórico lo es sólo desde un punto de vista determinado y en una circunstancia determinada; es por esencia perspectivista y circunstancial.*

<sup>79</sup> George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 226.

<sup>80</sup> “Por ejemplo, proyectamos una orientación delante-detrás en ciertos contextos sobre objetos que no tienen una parte delantera y otra trasera intrínsecamente. Si hay una piedra de regular tamaño en nuestro campo visual y una pelota entre nosotros y la piedra, por ejemplo a una distancia de un pie de la piedra, percibiríamos la pelota delante de la piedra. Los hausa hacen una proyección diferente de la nuestra y entenderían que la pelota está detrás de la roca. Así pues, la orientación delante-detrás no es una propiedad inherente de objetos como piedras, sino que proyectamos sobre ellos, y la manera en que lo hacemos varía de una cultura a otra” (George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 203).

## 5. LA PLURALIDAD DE METÁFORAS Y EL ENSAYO

“Todo conocimiento lo es desde un punto de vista determinado” decía Ortega, y el conocimiento metafórico no es excepción. La «analogía del cedazo» esclarece muy bien lo que significa este enunciado perspectivista:

El sujeto, ni es un medio transparente, un «yo puro», idéntico e invariable, ni su recepción de la realidad produce en ésta deformaciones. Los hechos imponen una tercera opinión, síntesis ejemplar de ambas. Cuando se interpone un cedazo o retícula en una corriente, deja pasar unas cosas y detiene otras; se dirá que las selecciona, pero no que las deforma. Esta es la función del sujeto, del ser viviente ante la realidad cósmica que le circunda. Ni se deja traspasar sin más ni más por ella, como acontecía al imaginario ente racional creado por las definiciones racionalistas, ni finge él una realidad ilusoria. Su función es claramente selectiva. De la infinitud de los elementos que integran la realidad, el individuo, aparato receptor, deja pasar un cierto número de ellos, cuya forma y contenido coinciden con las mallas de su retícula sensible. Las demás cosas —fenómenos, hechos, verdades— quedan fuera, ignoradas, no percibidas<sup>81</sup>.

Lo mismo ocurre en la metáfora. Una metáfora siempre destaca la semejanza de algunos elementos seleccionados y esconde el resto. “El amor es una fuerza física” (ej.; “Fui *atraído* hacia ella *magnéticamente*”, “Puedo sentir la *electricidad* entre nosotros”, etc.)<sup>82</sup>, destaca el aspecto inconsciente, involuntario e instintivo del fenómeno de enamorarse. En cambio, “el amor es guerra” (ej. “Es conocido por sus abundantes y rápidas *conquistas*”, “La *asedian* los pretendientes”, etc.),<sup>83</sup> resalta el aspecto estratégico del proceso amoroso. Ortega explica esta operación metafórica mediante un proceso dialéctico de afirmación y negación:

El psicólogo que habla del «fondo del alma» sabe muy bien que el alma no es un tonel con fondo; pero quiere sugerimos la existencia de un estrato psíquico que representa en la estructura del alma el mismo papel que el fondo de un recipiente. Al contrario que la poesía, la metáfora científica va del más al menos. Afirma primero la identidad total, y luego la niega, dejando sólo un resto<sup>84</sup>.

Así pues, la metáfora es la síntesis del proceso cognitivo de afirmar y negar, y como consecuencia de esta operación dialéctica, una metáfora deja traspasar algunos elementos y detiene otros como un cedazo. De esta forma, si

---

<sup>81</sup> José ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*, III, p. 612.

<sup>82</sup> George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 88.

<sup>83</sup> *Ibid.*

<sup>84</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Las dos grandes metáforas”, II, p. 510.

averiguamos la semejanza real entre dos cosas que propone una metáfora, se puede verificarla. Por eso Ortega dice: “no hay metáfora poética sin un descubrimiento de identidades efectivas. Analícese cualquiera de ellas, y se encontrarán en su seno, sin vaguedad alguna, esa identidad positiva, diríamos *científica*, entre elementos abstractos de dos cosas”<sup>85</sup> (cursiva mía).

Pero, de nuevo, el conocimiento metafórico lo es desde un punto de vista determinado. Esto quiere decir que el conocimiento metafórico es siempre parcial, aunque es verdadero. “La discusión es guerra” (ej.; “*Atacó todos los puntos débiles* de mi argumento”, “Si usas esa *estrategia*, te *aniquilará*”, etc.)<sup>86</sup> resalta un aspecto real del fenómeno de “discusión” pero al mismo tiempo hace considerar a su interlocutor como un enemigo y oculta que la discusión puede ser un trabajo constructivo para llegar a una mejor solución teórica y puede haber una verdadera colaboración amistosa en ella; en suma, esta metáfora “la discusión es guerra”, necesita ser complementada con otra: “la discusión es construcción”. Por eso la metáfora es una forma de mirar la realidad y una perspectiva parcial. “Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo, no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice ante ambos de distinta manera.” Pero no hay que rechazar la perspectiva de otra persona. No tiene sentido disputar “sobre cuál de ambas visiones es la verdadera”. “La discusión es guerra” y “la discusión es construcción” son dos visiones diferentes de una misma cosa y las dos son verdades parciales, y no vale la pena debatir cuál de las dos es «más» o «menos» verídica. *Lo importante es ser consciente de su parcialidad y tratar de integrar las dos de forma que profundicemos en nuestro entendimiento del fenómeno de la discusión: “En vez de disputar, integremos nuestras visiones en generosa colaboración espiritual, y como las riberas independientes se aúnan en la gruesa vena del río, compongamos el torrente de lo real”*<sup>87</sup>. Y precisamente por ser consciente de esta parcialidad del conocimiento metafórico, Ortega aporta y vierte diversas metáforas sobre *una misma cosa*, por ejemplo, la vida:

“La vida es un viaje”<sup>88</sup>.

“Vida *ascendente* y *decadente*”<sup>89</sup>.

“La vida se define como *naufragio irremisible* y *esencial derrota*”<sup>90</sup>.

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 40.

<sup>87</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Verdad y perspectiva”, II, p. 163.

<sup>88</sup> José ORTEGA Y GASSET, “De Madrid a Asturias o los dos paisajes”, II, p. 377.

<sup>89</sup> José ORTEGA Y GASSET, “El Quijote en la escuela”, II, p. 415.

<sup>90</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Temas de viaje”, II, p. 494.

"La vida como *arte*, el refinado sentir, el saber amar, y desdeñar, y conversar, y sonreír..."<sup>91</sup>.

"El hombre no es cosa ninguna, sino un *drama*"<sup>92</sup>.

"La vida es *quehacer*"<sup>93</sup>.

"La vida humana es un *gerundio* y no *participio*"<sup>94</sup>.

"La vida es *prisión* en la realidad circunstancial"<sup>95</sup>.

"[La vida] es, pues, la *raíz* de toda otra realidad"<sup>96</sup>.

(Cursivas mías)

Cada metáfora destaca un aspecto real de la «vida» y oculta otros. *Cada metáfora es un punto de vista verídico, pero parcial. Es esencial para el conocimiento metafórico la pluralidad.* Puesto que cada metáfora es un punto de vista parcial, es necesario complementarse con otras. Lo que hace ver una metáfora oculta otra.

Y el único género argumentativo que permite esta pluralidad de metáfora es el ensayo. Ya que en general, entre distintas metáforas sobre una misma cosa no hay "consistencia" lógica, como señala Lakoff y Johnson: "En general, la consistencia completa en las metáforas es rara; por el contrario, es característica la coherencia"<sup>97</sup>. En la mayoría de los casos una metáfora dispone de una estructura interior coherente, por ejemplo: «el Estado es una máquina», «el Estado es diseñado y fabricado por el hombre», «el Estado puede herrumbrarse y quedarse averiado», etc. Pero no hay consistencia entre distintas metáforas que forman diferentes estructuras coherentes. Por ejemplo, entre «la vida es naufragio» y «la vida es raíz» no hay consistencia:

«La vida es la raíz de toda otra realidad, por eso el intelecto es un salvavidas».

Esta expresión metafórica no es coherente. Lo cual significa que no hay consistencia entre «la vida es naufragio» y «la vida es raíz». Estas dos metáforas se contradicen. Y en la literatura académica la contradicción, prácticamente, está prohibida. Es fácil criticar a Ortega señalando esta inconsistencia entre sus metáforas. No hay consistencia entre «el Estado es una máquina» y «el Estado es la piel», «la vida es la raíz» y «la vida es naufragio», etc., a pesar de

---

<sup>91</sup> José ORTEGA Y GASSET, "Para un museo romántico", II, p. 627.

<sup>92</sup> José ORTEGA Y GASSET, "Historia como sistema", VI, p. 64.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>94</sup> *Ibid.*

<sup>95</sup> José ORTEGA Y GASSET, "Idea del teatro", IX, p. 846.

<sup>96</sup> José ORTEGA Y GASSET, *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, IX, p. 1120.

<sup>97</sup> George LAKOFF, Mark JOHNSON, *op.cit.*, p. 136.

que son metáforas centrales que forman el núcleo mismo de su pensamiento. Dicho de otra forma, esta inconsistencia metafórica es una clara violación de los postulados y los principios que los objetivistas, habitantes de la «ninguna parte», idolatran y quieren imponer a la realidad.

Sin embargo, nuestra realidad vivida no es lógica ni consistente como pretenden los objetivistas. «El tiempo es dinero» y «el tiempo es espacio» («pasado lejano», «futuro cercano», «Se acerca la fecha límite», etc.) son dos metáforas inconsistentes entre sí, pero de hecho conviven en una misma cultura, y estructuran la sociedad y nuestro comportamiento en ella. Por ejemplo, Lakoff y Johnson señala: “Ciertos conceptos se estructuran casi enteramente de manera metafórica. Por ejemplo, el concepto AMOR se estructura en gran medida en términos metafóricos: EL AMOR ES UN VIAJE, EL AMOR ES UN PACIENTE, EL AMOR ES UNA FUERZA FÍSICA, EL AMOR ES LOCURA, EL AMOR ES GUERRA, etc.”<sup>98</sup> Pero todas estas metáforas que estructuran el concepto amor son inconsistentes entre sí. Por eso Ortega ofrece varias metáforas sobre una *misma cosa*, dado que salvar una cosa significa mirarla desde distintos puntos de vista: “Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones”<sup>99</sup>. Sus metáforas son las “innumerables reverberaciones” que capta nuestra mirada en las cosas. En fin, su propósito es ofrecer “*modi res considerandi*, posibles maneras nuevas de mirar las cosas. Invito al lector a que las ensaye por sí mismo; que experimente si, en efecto, proporcionan visiones fecundas”<sup>100</sup>. Por eso tuvo que expresar su pensamiento metafórico en el ensayo, el género argumentativo más libre que le permitía la pluralidad de metáforas.

Taro Toyohira  
Santiago Diego Madrazo, 12, 4 piso E  
37007 Salamanca  
taro.toyohira@gmail.com

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>99</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote* (1914), I, p. 747.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 753.